

adviertan en sí mismas los innumerables errores de una cultura mimética, de una educación estática y una filosofía estratosférica y pedantesca.

Una vigorosa sustancia lírica —consustancial a toda gran novela— arranca de la niñez del protagonista, filtrándose —como a regañadientes— por las más apretadas rendijas del libro. Colmado de digresiones, con retratos ricos de mujeres que nos ganan en muchísimos momentos y con cierta blanda esquivez en el trazado de los tipos masculinos, hallamos en *El viejo Almendral* magníficas páginas coloristas y nerviosas, como esas en que nos mantiene en vilo la carrera diabólica de la potranquita de don Higinio, estampas de época de una voluptuosidad que no impacienta y la pormenorizada descripción de un orbe de seres y costumbres que, si de un lado es millonario en sorpresas y abundantes matices, de otro luce recargado de afirmaciones conceptuosas y personalísimos esguinces.

Ni polémica ni societaria: social y artística, interpretativa, costumbrista, sus capítulos son, nada más, estampas, y alguna vez avizoraciones para ver claro en sí mismo y en el mundo que lo rodea; de congrua y fuerte trabazón, está la solidez de *En el viejo Almendral* en la sabrosa continuidad vigilante de un espíritu de periodista. No en vano Joaquín Edwards Bello ha nutrido en el diario contacto y comentario de la vida su versación en las cuestiones universales para las que no cabe otro aprendizaje. Claro que este periodismo no tiene nada que ver con la rutina cotidiana de escribir en los diarios, sino con el más profundo destino de colquio con su época lacerada y su escindido tiempo. Este periodismo de nerviosa calidad interpretativa y humana es el que hay en fuerte dosis en las novelas de Edwards Bello, como lo hubo en las desgarradas de un Bloy o en las contradictorias y paradójicas de un Chesterton. De ahí que sea el hecho quien a través de su prosa viva y medular fertilice y comande la idea, obteniendo *En el viejo Almendral* la alta categoría de una contribución sagaz al conocimiento del hombre y la sociedad chilenas.

* * *

OLIVERIO GIRONDO, *Persuasión de los días*.—Buenos Aires, Editorial Losada, "Poetas de España y de América", 1943. 186 pp.

He aquí un libro vivo de poesía impura. Un libro de poeta angustiado, amargo y acre, hijo de los tiempos que corren. Oliverio Girondo no acota sino que se zabelle en la realidad, destila su esencia y ofrece una poesía no para ser gustada, no para que se la recite, sino para que obre como revul-

sivo. Poesía con destino a ser expresión sangrante, no alquitarada ni desnuda, de momentos oscuros e indepurados, nunca agradables, nunca retóricos.

Poética minoritaria la de *Persuasión de los días*, no porque apure la pureza, sino porque es simple realidad interior. A fuerza de ser inmensamente actuales, obtienen permanencia estos poemas. Ni puros ni ceñidos: sangrantes, inescrupulosos, rebosando dudas, son estados psíquicos, y alguna vez nada más que desazones físicas; pero su congruencia se halla en la situación angustiada, en la inmensa continuidad zozobrante de un espíritu típico de nocturnidad y asombro inagotable.

Oliverio Gironde, el humorista de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, el del feliz encuentro de *Calcomanías*, el metafORIZANTE de *Es-pantapájaros*, el persuasivo y bronco descubridor de *Interlunio*, en quien Gómez de la Serna ve "un gran pintor a la vez que un gran escritor", suelta de nuevo la lengua para la nueva originalidad de los trasmundos y las arborescencias interiorizadas. Creador de visiones blasfematorias y esquemáticas, es en el fondo un poeta intimista. Su intimismo no estriba en la concepción confidencial del poema, sino en que lo traza a manera de un túnel secreto que lo conduce a la estricta intimidad gangrenosa y angustiada. Poesía, evidentemente, para ser dicha en voz baja, apenas para uno mismo, cuyo introvertimiento se consigue desnudándose de retórica, eliminando lo que no sea subconsciencia; poesía reducida a la oscura, amarga expresión de lo íntimo, de lo que es sólo quejido, propósito deses-peranzado, con el mínimo gesto preciso.

La geografía poética de *Persuasión de los días*, geografía subterránea de un explorador en vilo, parte de un abandono de las sombras, "los ruidos familiares" y "la amistad de los libros", y transcurre en la tentativa desgarradora de perfilarse a sí mismo, gritando su inquina, su aversión, su desprecio, su asfixia de sentirse entre horizontes y destino de arena, testimoniando el sacrificio de la ternura para llegar a la conclusión de que "los días nos enseñan que fealdad no existe".

Oliverio Gironde se siente "más allá de la angustia, — desterrado del aire, — en soledad callada, — en vocación de polvo, — de humareda de olvido". Vive en comunión plena con lo circundante y a sí mismo se afirma: "Basta que alguien me piense — para ser un recuerdo." Siente que el sonido, la humedad, el perfume, la sombra, le atraviesan las venas e incuba la poesía en su carne, en sus huesos. Su poesía es cotidiana, llena de cosas fútiles, de lo transitorio, y va en busca del puro automatismo psíquico. Sus metáforas de lo cotidiano son de esta calidad: "la cama

que me espera — el velamen tendido — anclada en la penumbra.” Su-persensibilizado, el más pequeño ruido repercute en su alma. De “Puedes juntar las manos” desprendo esta otra metáfora de convincente originalidad: “Pero escucha ese grillo, — esa brizna de noche, de vida enloquecida.”

Lo apuntado basta para delinear el carácter de intimismo eruptivo, cotidianidad y superrealismo neorromántico de *Persuasión de los días*. Girondo es un devoto del yo psicológico, transformado en eje conductor de creaciones; propende a lo misterioso y a lo fantástico y su vigilia vive atenta a los más ocultos manantiales del sentimiento. Lo que en el fondo de sus poemas palpita es un genuino desesperanzarse por la incomprensión del mundo circundante. Aconseja Oliverio guardar silencio “para tomar el pulso a todo lo que existe — y vivir el milagro de cuanto nos rodea”. Y ante la vida, turbia y acre, como una última derivación de las posibilidades románticas, el poeta, moviendo los oscuros resortes de su alma, sugiere a medias — con un lloro que es un hipo angustiado: “Lloremos. Ah! Lloremos — purificantes lágrimas, — hasta ver disolverse — el odio, la mentira, — y lograr algún día — sin los ojos lluviosos — volver a sonreírle — a la vida que pasa.”

Su decir, balbuciente, patético y entrecortado, encuentra la razón del mundo a través de negaciones y acaso sea el único resorte que le permita la indagación de su más recóndita intimidad. A lo largo de los poemas de *Persuasión de los días* se nota a Oliverio Girondo esforzándose por librarse de los antiguos ritmos que afloran a su máquina de escribir. Expresa el mundo subconsciente en un versolibrismo apto a la exploración ahondada del Yo, en un énfasis exclamativo o en tiempo de romance y vieja estrofa, de la que extrae sabrosos contrastes, sin que su sintaxis petrificada lo arrastre nunca al pasado.

El proceso creador de Oliverio Girondo y su juego poético son exactamente difíciles. Lo que se mantiene en pie es la queja suspirante del poeta. Lo mantiene en pie gracias a un proceso de objetivación de lo subjetivo, conseguido mediante la eliminación de todo lo sentimental, pero sin detrimento de lo puramente emotivo o de carácter inconsciente. Para ello el poeta busca una temática exterior, y se la apropia, interiorizándola. Un mundo de cosas sangrantes, eruptivas, totémicas y de nubífera gracia, se ofrecen aisladas y escurridizas. Una mano, una huella, una lechuza, un grillo, el cansancio, la espera y la expiación, se presentan, tras el cristal enturbiado del verso, como sombras bellas y, sobre todo, cargadas de significado y de sentido. El lírico impuro ejecuta entonces su difícil-

tosa tarea: acota, delinea, se desazona, compara y busca correspondencias angustiadas, pero manteniendo siempre una prudente vigilia; el tema no lo arrastra y Oliverio Girondo se vuelca en él, se ofrece en espectáculo de tensión recogida, y su espíritu lo derrama en efusión cordial, escueta y blasfematoria.

* * *

HORACIO REGA MOLINA, *Oda provincial*.—Buenos Aires, Ediciones Francisco A. Colombo, 1943. 190 pp.

Vertido en una bella edición bonaerense, Horacio Rega Molina viene a nosotros, como un recio batallador de la tierra provinciana que él evoca; una tierra cargada de nostalgia, cercana y afincada en lo profundo como una pasión, con el aura luminosa de su historia hecha vida. Poeta civil y agonista, sin nada de remoto, poeta de nuestra época tundida y sangrante, de la Argentina de tierra adentro y del alma que se sitúa como espejo del mundo, esta "Oda provincial", junto con los "Sonetos con sentencia de muerte y otras poesías de arte menor", que ceñidamente la siguen, están más vivas para nosotros que muchos *puzzles* poéticos de la nueva generación, mucho más cercanas no obstante el gesto de vate civil que le aproxima a los aedas del siglo XIX, y que, no obstante cierto matiz retórico, inmerso en la manera modernista, hace de él uno de los grandes poetas argentinos.

Caso singular el de este poeta de las horas encantadas, la lluvia, los fragantes árboles, las vísperas del buen amor y los "Domingos dibujados desde una ventana"; para Rega Molina se reclama el retoño de laurel y la corona cívica; cargado de tradición, pero siempre de nuestro tiempo, se distingue por cierto énfasis menor y por la geometría precisa de la métrica. No es como Quintana un poeta frío, de retórica marmórea, sino que traduce la vasta emoción social, conservándose personalista, lírico, aun cuando intente las esculturas verbales. Para buena parte de sectores de la novísima poesía, estará anticuado, porque del verso no hace un imponderable, sino que busca con recato la geometría, y no suprime la métrica ni riñe con las medidas poéticas.

La "Oda provincial" de Horacio Rega Molina transita a través de ochenta y seis páginas de arriscados endecasílabos, que no tienen el énfasis de la poesía heroica, sino la gracia pictórica y el tono menor con que se tratan las cosas cotidianas. La suya es poesía que se dirige a la multitud, que interpreta el alma colectiva de la provincia, sin pedir altavoz, sino